

⊕ atómicas tales como el neutrino, que actúa recíprocamente sólo de manera muy débil con otras partículas, y es extremadamente improbable que actúe recíprocamente, en absoluto, con ninguna partícula, al pasar a través de la Tierra. Así, pues, resulta posible que existan universos independientes, pero actuando recíprocamente (aunque sea de manera muy débil):

⊕ Acaso existan universos que se interpenetren con el nuestro; acaso sean de una gran complejidad; acaso contengan sus propias formas de consciencia; contruidos con partículas e interacciones distintas de las que conocemos ahora, pero que esperan ser descubiertas mediante alguna interacción común, aunque evasiva, que aún hemos de localizar. No es misión del físico elaborar esta clase de especulaciones, pero hoy, cuando estamos mucho menos seguros respecto al mundo natural que estábamos hace dos décadas, puede, al menos, permitírselo.

Ciertamente. Y todas estas partículas (quizá se hayan introducido subrepticamente uno o dos neutrinos), siempre apreciando el buen sentido y el valor y la amplitud de miras, aplauden calurosamente esa última afirmación.

6

Aunque los científicos han abandonado ahora la escena, no voy a cerrar todavía este capítulo. Mantengo la promesa que hice en el último capítulo: levantar una defensa contra la acusación—grave crimen en metafísica—de «espacializar» el Tiempo. Cuando hacemos esto (sin duda por turbios y afilósoficos propósitos particulares), confundimos las relaciones espaciales entre las cosas con las relaciones temporales entre ellas. Necesitamos los conceptos de Espacio y Tiempo para que nos ayuden a «seleccionar las cosas»; sin ellos, nunca veríamos pies ni cabeza en nada. Si no hubiese cosas, no habría Espacio; si no hubiera cambios en las cosas, no habría Tiempo. (No consideraríamos a ninguno de ambos como un receptáculo, aunque todos lo pensamos así.)

La acusación filosófica en boga contra los teóricos del tiempo profanos consiste en que confundimos las relaciones espaciales y las temporales, y en que nos imaginamos a las últimas como existentes entre las cosas y no como «acontecimientos». Debido a esta nueva confusión, asumimos en realidad que los cambios pueden cambiar, lo cual es una tontería pronta a convertirse en madre de cualquier índole de conclusión que prefiramos. El argumento es de carácter elevadamente técnico, y

no dispongo aquí de espacio, aun cuando poseyera la competencia suficiente, para refutarlo. Todo cuanto puedo hacer es precisar en nuestra defensa algunos puntos que me parecen de general importancia.

Admitiré en seguida que mi pensamiento rehúsa afincarse allí donde el Espacio y el Tiempo pueden hallarse enteramente separados. Si me quedo allí, no puedo pensar con fruto en ninguno de ellos. (Pero prometo localizar la fisura en la argumentación técnica de Dunne, que le lleva a un retroceso infinito, cuando me ocupe de ello en la Tercera Parte.) No creo ser un excéntrico en esto. Todo el mundo «espacializa» instintivamente el pensamiento respecto al Tiempo, incluso los filósofos cuando se hallan libres de servicio y no están armados hasta los dientes para proteger conclusiones científicas. Así es como funciona nuestra mente, y no tiene remedio. Cuando pensamos y charlamos libre y relajadamente, sin afanarnos en las minas de la lógica y la lingüística, no hacemos más que verter el Tiempo en el Espacio, pasando la tarta de la realidad de una relación hermana a la otra, a aquella que parece tener más apetito.

Los científicos lo hacen. No cabe duda de que, si se los presiona, declararán que la «dimensión» en sus referencias a una «cuarta dimensión» solo la emplean en un sentido especial, que nosotros los legos no entendemos y, por tanto, ampliamos ilegítimamente. Sin embargo, últimamente he leído demasiados tratados científicos para no observar que, cuando sus autores han cogido el paso y se sienten felices, «espacializan» tanto como el resto de nosotros. ¿Qué es «una línea mundana», sino algo en lo que se piensa espacialmente? Suprimid la «espacialización» de todas esas exposiciones del continuo espacio-tiempo, devolved allí el orden del tiempo a los acontecimientos, y sus autores ya no marcharán con paso feliz. Están obedeciendo a una respuesta instintiva. Después de todo, viven aquí con nosotros, no en la Luna.

Sostengo que no podemos remediar el convertir el Tiempo en Espacio, empezando siempre de nuevo a ver las relaciones temporales como relaciones espaciales. Afirmo que nuestros críticos, cuando no están entregados a sus ejercicios profesionales, hacen lo mismo que nosotros. Ninguno de nosotros, cuando se nos invita a considerar un período o una figura mundial,

pongamos el siglo XIX o Napoleón, por ejemplo, los ve como una sucesión de acontecimientos, sino como si estuviesen extendidos en un orden espacial. Si el uso que hacemos de estos conceptos de Espacio y Tiempo es una condición de nuestro pensar, otra condición es la de que el Espacio no deja de engullirse al Tiempo.

Se arguye que, como «espacializamos» el Tiempo, extraemos conclusiones erróneas respecto a la realidad, como es, por ejemplo, la de que el pasado aun existe. Pero quienes sustentan esta creencia no han llegado a ella a través de una semántica defectuosa, falacias lógicas o silogismos imperfectos; se esfuerzan por comprender algunas experiencias, y sus críticos filosóficos no ofrecen la menor ayuda.

A menos que sea mucho más excéntrico de lo que me imagino ser, estoy en lo justo también al pensar que todos «espacializamos» nuestro propio tiempo, hasta cierto punto. Por lo menos, no consideramos nuestro propio tiempo como una sucesión de acontecimientos, cada uno de los cuales cancela al anterior. Ciertamente, al menos yo no me veo como lo que soy ahora, y nada más. Me parece estar, como mi yo esencial, fuera del orden del tiempo. Hace cincuenta años, me parecía a mí mismo más viejo de lo que me juzgaban otros; ahora me parezco más joven. Puede objetarse que ahora estoy intentando oponer a un argumento filosófico meros subterfugios psicológicos, a lo cual solo puedo replicar que yo vivo con y por subterfugios psicológicos, no argumentos filosóficos.

Si lo que todos estamos tratando de hacer es describir la realidad, entonces una interpretación intuitiva de la experiencia fáctica, por imprecisos que sean los términos que emplee, puede acercarnos más a aquella que la lingüística más rigurosa y la lógica más severa. Estas últimas pueden que dejen tan poco margen de maniobra, que no puedan captar ninguna experiencia fuera de un estrecho patrón aceptado, y, desde luego, puede que operen (puesto que los filósofos no viven en el vacío) para insistir sobre ese patrón y negar todo lo ajeno al mismo.

Además, en nuestro encuentro con el mundo

físico ordinario, nuestras experiencias espaciales y temporales se niegan simplemente a ser tan ampliamente separadas como el Espacio y el Tiempo del filósofo científico. Por ejemplo, yo viajo en automóvil, a sesenta millas por hora, a través de las cinco millas del distrito de Little Puddlefield. Veo una iglesia, dos granjas, cuatro hotelitos y una posada, sucesivamente, en cinco minutos. Tengo una relación de Tiempo con esta región. En la siguiente ocasión, vuelo sobre ella en un reactor, en un día despejado. Miro hacia abajo y veo en un instante la iglesia, las dos granjas, los cuatro hotelitos y la posada, y lo que estuvo en el Tiempo está ahora en el Espacio. La diferencia en la experiencia corriente radica simplemente en dos modos de viajar.

Y en cada uno de estos ejemplos, para que los objetos pudieran ser reconocidos en absoluto, en el Tiempo o en el Espacio, dos grupos de imágenes bidimensionales han tenido que ser enfocadas, invertidas e introducidas en la idea de una tercera dimensión, así como inspeccionadas y corregidas por toda suerte de conocimientos acerca del mundo. Verdad es que no tenemos conciencia de nada de esto en nuestra experiencia ordinaria. Si la tuviésemos, no seríamos capaces de hacer nada, excepto perder el juicio. Pero tampoco tenemos conciencia de ninguna distinción fundamental entre Espacio y Tiempo, laguna que nunca ha de llenarse. Fuera de una discusión elevadamente técnica, siempre estamos aboliendo esa distinción, llenando esa laguna, no solo con fines prácticos, sino en un sincero intento (por afilósofico que pueda parecer) para comprender la realidad.

Cuando escribo como si el Tiempo pudiera tener dimensiones, comprendo que me expongo a un castigo filosófico. Pero, andando a tientas dentro de ese *como si*, puede que me acerque a una verdad que escapa a todos los refinamientos lingüísticos y a los mecanismos de la lógica. Es preferible arriesgarse a confundir Espacio y Tiempo, pero avanzar, que sentarse en el fondo de una sima entre ellos, sin ir a ninguna parte, defendiendo inconscientemente una idea errónea de la vida del hombre.